

## XXIII

## LA GUERRA CIVIL RELIGIOSA DE 1898-99

Hemos visto en el capítulo anterior lo anarquizado que se hallaba el partido liberal, que hizo en la Legislatura, junto con el conservador, bastante ruda oposición al Gobierno y en especial al Gabinete.

Esta situación no debió pasar desapercibida para los conservadores-ultramontanos. El descontento de muchos liberales, el núcleo opositorista de éstos, formado contra el Gobierno, la misma opinión pública en parte disgustada, eran circunstancias que hacían propicio el éxito de una reacción.

Estudiar las causas por las que se había llegado á situación semejante y por las que se produjeron tales escisiones, sería tarea larga é impropia de este trabajo. Pero bueno es recordar lo pasado para que sirva de enseñanza en lo porvenir.

La revolución debelada en las faldas del Chimborazo era á todas luces y sin género de duda provocada y sustentada por los elementos conservadores. Y al decir conservador, dicho queda ultramontano, pues la vida de ese partido fúndase y derivase del predominio exclusivo de un principio religioso, de la intolerancia católica, principio del cual el partido conservador toma su fuerza y enarbola su bandera para diferenciarse de los demás.

Y al decir partido conservador y revolución fraguada por ese partido, establécese que el clero, cuando menos en una numerosa parte si no en su totalidad, ha secundado ya directa ó indirectamente, los planes de aquel bando político.

¿Qué reato, pues, es el que ha tenido el clero en la pasada última revolución?

Hé aquí el punto exclusivo de este capítulo, pues no pretendemos trazar la historia de los últimos deplorables acontecimientos de la guerra civil, sino medir la responsabilidad de los que, antes que ninguno, deben condenar tan horribles hechos, que si los execra y maldice la sana razón, deben ser infinitamente más reprobables para los que se hallan revestidos de un carácter religioso.

A mediados de Noviembre y aun antes, estando todavía

en sesiones extraordinarias el Congreso, precisamente en los días en que abandonaba Quito precipitadamente el senador doctor Arízaga, tuvo conocimiento el Gobierno de que se fraguaba una vasta conspiración. Se le comunicó por cable que en la frontera del Perú se movilizaban partidas de revolucionarios ecuatorianos con ánimo de emprender en un ataque á Loja.

Con estas noticias coincidían otras, anunciando que iguales preparativos se hacían en la frontera Sur de Colombia. *El Diez de Agosto*, diario de la Capital, publicaba, en su número del 2 de Diciembre, una carta fechada en una población de Colombia, carta en la que, dando cuenta de los preparativos belicosos que en aquella parte del territorio colombiano se llevaban á cabo, en contra del Ecuador, se decía:

"En estos días han dado de baja aquí á 400 hombres, y á éstos los contratan para llevárselos á una hacienda, para de allí, dicen, pasarlos al Ecuador en el próximo Enero. Esto lo sabemos por los mismos soldados dados de baja. N. y otros amigos son testigos de esta labor. En ella están interesados, no solamente los emigrados, sino también ciertos clérigos, á quienes alienta el *piadoso* señor Schumacher."

En el párrafo transcrito, la acusación contra el clero es terminante. No pretendemos, sin embargo, que el documento citado haga prueba plena: conocemos las reglas de la crítica histórica; pero no es nuestro ánimo escribir una historia crítica de los últimos acontecimientos. Tomamos todo documento en donde lo encontramos, siempre que á ese documento acompañe la circunstancia de la verosimilitud intrínseca. ¿Y quién no conoce que el Obispo Schumacher ha alimentado constantemente la pretensión de regresar al Ecuador? ¿Y podría verificar el regreso imperando en el país el partido liberal? ¿Y existiendo este escollo, no es presumible, aun sin hacer caso de tantísimos testimonios que militan en su contra, que no cesará de echar abajo, de hacer desaparecer, lo que conoce que se opone para el logro de su deseo?

Y no es esa carta sólo; muchos documentos se han dado á luz por los que consta que la propaganda en el Sur del Cauca

no ha cesado de parte del clero contra el orden de cosas establecido en el Ecuador.

El Gobierno, convencido de los planes que se urdían contra el orden público, envió dos batallones á Riobamba, al mando del Coronel Flavio Alfaro; y más tarde esos cuerpos, el batallón *Pichincha* y el *Quito*, pasaron á Cuenca, bajo las órdenes del General Manuel A. Franco, nombrado Comandante General de las provincias de Cañar, Azuay y Loja.

Estando ya en Azoguez el General Franco con sus fuerzas, estalló la revolución en Cuenca, escasamente guarnecida. Este movimiento, que ocurrió en la madrugada del 3 de Diciembre, obedeció sin duda al objeto de adueñarse de la ciudad, y en posesión de ella, oponerse á la venida del General Franco que estaba en camino para ocuparla.

También en este movimiento revolucionario tuvo parte el clero.

Léanse los siguientes documentos, que no han sido contradichos y que manifiestan á las claras la parte que tomó el clero en el motín de Cuenca. Debemos hacer aquí igual advertencia que antes, para poner á cubierto nuestra imparcialidad.

Los documentos que publicamos son piezas suficientes para demostrar la participación del clero en la guerra civil: hasta dónde llega su responsabilidad por esa incuestionable participación, y qué hechos son en los que, sin lugar á dudas, ha tomado parte, son asuntos que toca esclarecer á los venideros, cuando no se pueda alegar que ciega ó incline al historiador el interés del partido ú otras preocupaciones.

Pero que conste el hecho de que el clero ha sido revolucionario.

“Cuenca, Diciembre 3 de 1898.

Señor Vicepresidente:

En la mañana nos atacaron á la 1 a. m. División de los nuestros apagó los fuegos. Al toque de diana comenzaron de nuevo los fuegos, que duraron hasta las nueve de la mañana, etc.—*Intendente.*”

“Cuenca, Diciembre 5 de 1898.

Señor Vicepresidente:

Los principales prisioneros son tres clérigos: Alvarado, de San Blas; canónigo Hurtado y un Ordóñez.

Los derrotados huyeron por Monay, llevándose todas las bestias de Ullauri; aún no se sabe su paradero.—*El Telegrafista.*”

En telegrama del General Franco, de fecha 6 de Diciembre, se lee:

“A la una de la mañana, el Coronel Ullauri, que estaba en el cuartel, recibió los primeros disparos del colegio Seminario. Hay más de 30 prisioneros, entre ellos tres clérigos.”

“Cuenca, Diciembre 7 de 1898.

Señor Vicepresidente:

Habiendo fracasado en Quito los planes revolucionarios de los Legisladores azuayos, con la llegada de ellos á ésta, vino á ser una realidad la revolución tan anunciada. En efecto, desde el jueves, primero del presente, se hablaba públicamente en todos los círculos enemigos del Gobierno, de la revuelta, y de que, consumada ésta, asesinarían á *todos los liberales*. Desde esa noche nos pusimos en guardia, y, tomando todas las medidas de precaución, esperamos al enemigo que debería acometer antes de la llegada del General Franco.

El clero para sublevar más al pueblo y obtener el triunfo por medio de los auxilios del cielo, convocó un *triduo*, so pretexto de desagaviar al Corazón de Jesús. El 2 del mes en curso principió el jubileo anunciado, en la Catedral, y, por la tarde, tuve noticia segura de que en la mañana del 3 atacaban el cuartel.

.....  
A la una de la mañana del día 3 se dispuso que una guerrilla marchara, por la calle antigua de “Arcos-chaca”, á desalojar un grupo de revoltosos que se encontraban reunidos en casa de los señores doctor José Falconí y Comisario Municipal. Al llamar á la puerta de la casa de Falconí, rompió el

enemigo los fuegos, trabándose entonces combate desigual entre éste, que se hallaba parapetado en las paredes y tejados de las casas, y nuestros defensores que, á pecho descubierto, sufrían el plomo contrario. Rotas las puertas de la casa de Falconí, cayó éste prisionero y los demás fugaron por los huertos vecinos, habiendo sido herido el cabo Silva de la Intendencia. Cuando mandamos á proteger á la expresada guerrilla, se encendieron los fuegos por toda la ciudad, principalmente en las Iglesias de *San Blas* y *San Sebastián*; sin embargo, bastó hora y media de combate para poner á los revoltosos en vergonzosa derrota.

Mientras tanto, los cabecillas Vega, Muñoz y Arízaga, unidos al clérigo Celleri, habían ido á reunir gente en los cantones de Sigsig, Gualaceo y Paute, y llegaron á la ciudad á las cinco de la mañana y hora en que, suponiéndonos dormidos sobre los laureles de la victoria ó rendidos por las fatigas de tres noches de alerta, nos atacaron con el ímpetu propio de la desesperación. Pero estábamos firmes en nuestras posiciones, habiendo ordenado á las tres de la mañana que se desocupara el Seminario, de donde habían salido algunos tiros.

Trabóse nuevamente un reñido combate en toda la ciudad; creyendo el enemigo que nos encerraríamos en la plaza, como pasó el cinco de Julio, avanzó con denuedo hacia ella. En tanto nuestras guerrillas, salieron por todas las calles y, poniendo al centro á los asaltantes, los derrotaron por segunda vez, á las nueve de la mañana, hora en que empezaron ya á oírse las dianas. La Policía con el Comisario de O. y S. á la cabeza, combatió con valor y entusiasmo por las calles de "San Blas" y "Todos Santos"; y la columna "Anda é Infante", al mando del Comandante de Armas—Coronel Ullauri—cuya valentía llega hasta la temeridad, desalojaba al enemigo de las calles de "Santo Domingo", "San Sebastián" y "El Vado", permaneciendo yo, con unos pocos voluntarios que me acompañaron esa noche, en el centro de la plaza, sosteniendo los fuegos que salían de la Curia, de las casas de Manuel de la Cruz Hurtado, *ex-Vicario General*, Vicente León, Mariano Vázquez, *Colector Eclesiástico*, manco Neira, Cornelio Merchán, Carlos Ordóñez y otras.

Nuestros valientes, rompiendo las puertas de la Curia, de donde nos hacían fuego á mansalva y á quema ropa, pusieron á los que se habían encerrado ahí, en completa fuga. Salvábase por los tejados de las casas vecinas, á tiempo que caía, atravesada la rodilla por un balazo, el valeroso Teniente Adolfo Ullauri—hijo del Coronel Ullauri—y el Subteniente Moncayo. A más de estas desgracias tenemos que lamentar la muerte del Corneta de órdenes, Avila, quien recibió un balazo en la cabeza, disparado de una de las casas situadas cerca de la plaza.

Están prisioneros los clérigos Hurtado, Vicente F. Alvarado, Cura de "San Blas", con su coadjutor, Belisario Ordóñez; y los particulares, Alejandro Ortiz, hijo del Cura del Sagrario, Abraham Vega y más de treinta artesanos.

Las bajas del enemigo no se pueden saber á punto fijo, porque los que caían eran inmediatamente escondidos en las tiendas y casas contiguas; pero, por datos auténticos, se sabe que pasaban de catorce los muertos, encontrándose entre ellos á Francisco Muñoz, hermano del Coronel Muñoz Vernaza. Las paredes de la casa Curial están aun ennegrecidas por los fogonazos y se ven en ellas más de cincuenta boquetes abiertos por las balas.

Cuando se inició este segundo combate, telegrafiamos al General Franco, á fin de que se pusiera en marcha inmediatamente, y en el instante en que retumbaban los vítores de los vencedores, entraba el expresado General con sus valientes tropas.

Vega, Arízaga y sus secuaces fugaron por Paccha y Jadan, llevándose todos los caballos de esos lugares. Los perseguiremos á sol y sombra, pues la experiencia nos ha demostrado ya que la magnanimidad no produce otro resultado que el de eternizar la perturbación del orden público. Las medidas conciliatorias serían ahora ridículas; necesitamos energía, energía y más energía, para acabar, una vez por todas, con estos trastornos.

Desde el jefe de más alta graduación, hasta el último soldado, toda esta valerosa guarnición merece el más entusiasta aplauso del partido liberal. Faltaría á mi deber si no reco-

mendara de manera muy especial la intrepidez y bravura de que dieron muestras la Policía y los voluntarios que nos acompañaron.

Todo lo que ocurra le seguiré comunicando.

De Ud. atento amigo y S. S.

*José Félix Valdivieso."*

Casi á raíz de los acontecimientos de Cuenca, comenzaron á movilizarse los revolucionarios de la frontera de Colombia; y el General Sarasti, quebrantando su palabra de honor empeñada al Vicepresidente de la República, fugaba al Centro, con una partida de jóvenes.

En Patate publicaron un manifiesto revolucionario, dirigido al Gobernador del Tungurahua, desconociendo el Gobierno del General Alfaro. En ese manifiesto no se alegaba ninguna razón substancial, de tal gravedad ó peso, que justificara un atentado tan grave como era desconocer el Gobierno constitucional establecido y perturbar la tranquilidad del país y lanzarlo á éste á la anarquía. Respecto de los principios de que la revolución venía animada, se guardaba un prudente y *sabido* silencio.

Se ve, pues, que la revolución comprendía un radio tan amplio como la extensión de la República, si se exceptúan las provincias de la costa, las que permanecieron tranquilas, aún cuando el movimiento insurreccional alcanzó tal auge que contaba con núcleos muy poderosos.

Mientras se desarrollaban los acontecimientos que hemos relatado, ya la invasión por el Norte se había efectuado. El 18 de Diciembre se recibía la noticia del primer encuentro entre los invasores y las fuerzas que en el Norte mandaba el General Rafael Arellano. Este primer encuentro ocurrió en Taya, donde quedaron tendidos en el campo como 60 individuos entre muertos y heridos. ¡Sangre derramada por guerra religiosa! ¡Oh! ¡Cómo pudiéramos explayarnos para condenar tan nefando crimen!

Por esta época ocurrieron también tumultos en Ibarra, con motivo de la falsa noticia propalada de que varios liberales pretendían asesinar al Obispo de la Diócesis doctor Gonzá-

lez Suárez. El pueblo, indignado con tal nueva, trató de amotinarse, para matar á aquéllos. ¿No es creíble que la especie en tales circunstancias fué un arma política?

A la vez, el General Franco, ordenaba al Juez de Letras de Cuenca, que iniciara un sumario contra la Venerable Curia Eclesiástica de aquella capital, con motivo de que, según constaba de actas originales, "los Rvmos. Sres. Administrador Apostólico y Vicario General del Obispado, habían incitado de un modo subversivo á ciertos ciudadanos para que atacaran y protestaran contra la Constitución de la República, declarando que no la observarían á pesar de haber prestado la promesa de sostenerla y defenderla."

Un clérigo Enrique Flores, en viaje del centro, fué asimismo capturado en aquellos días por sospechoso y encontrándosele comunicaciones de los revolucionarios, de la partida que componían Melchor Costales, Donoso, Folleco, Erazo y otros. (1)

Para complicar más la situación y absolutamente sin motivo para ello, el Arzobispo de Quito, Ilmo. señor don Pedro Rafael González y Calixto, se asiló en la Legación Colombiana. Fueron vanas las promesas del Gobierno, ofreciéndole todo género de garantías para que abandonara el asilo, así como las consideraciones que se le hicieron manifestándole que tal proceder tendía á crear dificultades al Poder, sin haber motivo para ello. El Arzobispo se mantuvo sordo y dirigió una nota durísima al Gobierno, muy adecuada para exasperar los ánimos.

Mientras tanto la revolución seguía avante y el Gobierno movía sus fuerzas para obligar á los revolucionarios á librar combates. Estas dieron alcance en el Centro á la montonera que mandaba el General Sarasti, el 31 de Diciembre, en el cerr de Guangoloma, provincia de León, derrotándola y haciendo varios prisioneros.

Pero la fuerza rebelde más poderosa era la que salida de Colombia avanzaba sobre Quito.

Y antes de pasar más adelante, insertemos un decreto del

(1) Véase por todo *El Diez de Agosto*, número 119, correspondiente á Diciembre 28.

pseudo-Gobierno cuya cabeza ó jefe era el ultramontano doctor don Aparicio Rivadeneira.

Dos son los decretos dados por ese titulado Gobierno. El primero prometiendo gratificaciones á los que entregaran armas ó desconocieran el Gobierno constitucional.

Hé aquí el decreto, en su primer considerando y en su artículo final, pues es una pieza excepcional, la fé de bautismo para conocer lo que pretendía ó á lo que venía el recién nacido.

“APARICIO RIVADENEIRA

CAPITÁN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS REIVINDICADORES,  
SUPREMO DIRECTOR DE LA GUERRA Y ENCARGADO PROVISIONAL DEL PODER EJECUTIVO NACIONAL.

*Considerando:*

1°.—QUE ENTRE LOS DEBERES DE LA RESTAURACIÓN CATÓLICA, uno de los principales es evitar por cuantos medios estén á su alcance, la inútil efusión de sangre en los campos de batalla.

Artículo 4°.—Publíquese inmediatamente este decreto por bando y por la imprenta, para los fines consiguientes.

Dado y firmado de mi mano, refrendado con el sello de la República en Tulcán, á 29 de Diciembre de 1898.

*A. Rivadeneira.*

Por mandato de Su Excelencia.—*Dositeo Noboa.*

Imprenta de Martínez I. por B. Ruano.—Ipsiales.”

El segundo decreto, dado también en Tulcán el mismo día, dispone en su

“Art. 1°.—Impónese, por de pronto, la contribución forzosa de dos millones de sucres, suma que se distribuirá entre todas las provincias por un decreto especial.” [1]

En el decreto primero se dice que para evitar la efusión de sangre, que es un deber de los Jefes de la Restauración Católica... ¿Cabe confesión más paladina, más explícita, que la sangre que se derramaba, que la que se derramó en Taya,

[1] Véase *El Diez de Agosto*, número 126, correspondiente al 5 de Enero.

Guangoloma, Chimborazo, en treinta campos de batalla, como dijo el Ministro doctor Peralta en contestación al Cardinal Rampolla, era vertida y se vertía por la restauración del Catolicismo, por la restauración de la intransigencia religiosa?

No era sólo el doctor Aparicio Rivadeneira el que explotaba los sentimientos religiosos de las masas para lanzarlas á la matanza entre hermanos. Su subalterno el colombiano Coronel Almeida, aquel que consintió en el saqueo é incendio de Calcuta y en la matanza ó asesinato de prisioneros inermes, lo cual debe ser cosa justificada por el catolicismo al estilo de ese Coronel, publicaba proclamas en las que abusando de nombres bíblicos, se predicaba la guerra santa, el exterminio de herejes y masones.

Véase esta donosa pieza que formará eco en los anales de la posteridad, junto con la celbérrima pastoral del Obispo Schumacher contra el General Alfaro, dado á luz en Manabí, cuando se hallaba ocupada esta provincia por ese mismo Coronel Almeida, al mando del batallón N° 4° de Línea.

José María Almeida, Coronel efectivo de Ejército y Comandante General de la División del Norte, á sus camaradas,

Soldados:

No acierto á explicar el entusiasmo feliz y la suma de placer que tengo al volveros á ver reunidos en estas espléndidas llanuras, después de la adversa jornada del 29 de Mayo de 1896; día negro y terrible en que por no tener cápsulas, tuvimos que ceder el campo á los usurpadores enemigos de nuestra sacrosanta *Religión*, y huir como los nobles godos en Guadalete sangriento. (1) Aún me duele el alma de vergüenza y de dolor, al recordar esos más de doscientos cadáveres, que dejamos tendidos en las aras de la Patria. Pero ha llegado la hora de vengarlos; día llegado por vuestra constancia en continuar persiguiendo á esas aves de rapiña, por vuestro temple de alma y firmeza de principios, por vuestra fe ardiente é incontrastable patriotismo.

(1) Muy oportuna es la reminiscencia á la batalla de Guadalete, hecha por el coronel Almeida. Allí hubo un Don Opas, Obispo, muy célebre por su traición contra los godos. La jornada á que se refiere el coronel Almeida es la de Cabras.

¡Sangre por sangre, camaradas!

La de nuestros hermanos clama venganza como la del justo Abel; y es obligación vuestra aplacar y hacer sonreír á esos descrisolados manes.

Soldados:

Hoy no somos los cuatro sacrificados en el desastre de Cabras: hoy dirige la guerra el Excelentísimo señor doctor Aparicio Rivadeneira, que, como sabréis, une la piedad al valor, la virtud al talento, el *catolicismo* á la honradez; siendo el Gedeón ecuatoriano, el Jetté de los Andes, el Libertador de la casa de Israel. La vanguardia está mandada por el denodado Coronel Escandón, hombre bravo que sabrá ajustarles toda cuenta á los pícaros facciosos que aún se oponen al imperio del legítimo Gobierno. Nuestro ejército lo engrosan lucido cuerpo de jefes y oficiales, altivos veteranos que han venido de la República hermana, desinteresada y espontáneamente, á tomar parte en nuestras fatigas para reivindicar la *Religión* y la honra de nuestros mayores. Tiemblen los liberales infames, que con cinismo incomparable hacen gala de su sacrilega é impía dominación! El día de la venganza ha llegado, día de ira patriótica, de ira que eleva el alma y purifica los pueblos.

Soldados:

La potente expedición del Sur, los triunfos alcanzados en el Centro, el levantamiento de El Oro, Cañar y Manabí, nos dejan por hacer apenas un escaso esfuerzo, para que del Carchí al Macará, del Oriente al Setentrión, luzca magnífico y luminoso el sol de las *instituciones católicas* y justicieras, y ruede en el polvo de la tierra de que salió el radicalismo masónico y enemigo de la sociedad. ¡Adelante! que en el santo fin que os propondréis, os asiste el favor de la Divina Providencia!

Soldados:

Pues que sois valientes hasta el heroísmo temerario, perseverad en vuestro propósito de levantar del cieno la bandera tricolor de la República Cristiana, lavándola con sangre de los traidores. El tambor guerrero resuena ya en los montes, el clarín bélico entusiasma ya á caballos y campeones, la gloria os llama; corred, aunque sea al martirio, que yo iré delante.

.....

Señores Jefes. Oficiales é individuos de tropa:

Los *intereses católicos* se hallan muy torpemente defraudados en los sentimientos del noble pueblo ecuatoriano, como lo habéis visto; y, por consiguiente, la lucha que tenéis empeñada es, ea toda verdad, la del *Catolicismo* contra la impiedad y las sectas modernas; la de la piedad contra el masonismo y la demagogia; la de la blanca luz de las almas católicas, contra las negras llamaradas del averno. Y de allí aún con razón el mundo católico os contempla alborozado como á restauradores de la Cruz; que Su Santidad León XIII, desde el Vaticano, os bendiga; que García el Grande guíe nuestros pasos al combate; que millares de almas devotas estén constantemente pidiendo á Dios la victoria y el exterminio de los impíos. Marchad, pues, con el corazón puesto en el Dios de los Ejércitos, llevando por lema "RELIGION ó MUERTE"; sí, muerte para los que no quieran volver á los misericordiosos brazos de nuestro Dios!

Cuartel General en Tulcán, á 29 de Diciembre de 1898.

*José María Almeida.*

El Coronel Secretario,

*Camilo Daste.*

Imprenta de Martínez F., por B. Ruano.—Ipiales."

Ya poco nos hemos de detener en relatar los hechos de armas que dieron fin con tan formidable revolución. Nuestro objeto es investigar las causas, ponerlas de manifiesto; no hacer la crónica de los acontecimientos. Con lo segundo, se satisface á la curiosidad; con lo primero, se ofrecen enseñanzas y se estudia la filosofía de los hechos.

Y creemos haber expuesto el carácter y las tendencias de la última revolución: fué una guerra civil religiosa: se tomó el nombre de Dios para provocar el asesinato colectivo: se dijo que los intereses de Dios demandaban que se saliera al campo para defenderlos.

Ahí están para demostrarlo el decreto del Dr. Rivadeneira y la extraña é impía proclama de Almeida; ahí están los sucesos de Cuenca y el prisionero capturado con comunicaciones de los revolucionarios del Centro.

Las fuerzas revolucionarias del Norte llegaron á las mismas puertas de Quito, á pesar del desastre de Taya, donde, en crecido número, fueron derrotadas por las del General Rafael Arellano, después de un sangriento combate.

También las fuerzas rebeldes del Centro, mandadas por el General Sarasti, fueron obligadas á presentar acción en Guanaboloma, donde recibieron un severo escarmiento, siendo dispersadas por completo, no sin antes haberse hecho lujo de bravura de parte y parte.

Pero el núcleo verdaderamente poderoso era el que, acosado, venía avanzando sobre el Centro.

Al pasar esas fuerzas por Sangolquí, población cercana á la Capital, fueron arengadas por el Cura de la parroquia, para que llevaran adelante su tarea de matanza y exterminio.

Las fuerzas del General Rafael Arellano seguíanlas sin descanso desde las fronteras del Norte.

Indudablemente que hay que reconocer mérito en los movimientos por los cuales los revolucionarios se pasaron al Centro. Pero como venían constantemente perseguidos por las fuerzas constitucionales, no podían proseguir en una marcha indefinida y sin plan.

El 22 de Enero se presentaron, pues, los revolucionarios, á las puertas de Riobamba, defendida por el Coronel Medardo Alfaro. Con el objeto de distraer á la guarnición de Riobamba, una partida de revolucionarios hicieron el simulacro de atacar á esa ciudad, mientras el grueso contramarchó para situarse en las faldas del Chimborazo, entre Chuquipogio y Mocha. Tomadas las posiciones, esperaron á las tropas del General Rafael Arellano, para empeñar acción decisiva y mortal.

El combate comenzó como á las diez menos cuarto de la mañana: el choque fué tremendo. De entre todos los partes del combate, transcribimos sólo el del valiente y modesto Coronel don Julio Andrade, por ser breve y claro:

"Ambato, recibido á las 7,20.

Sr. General Alfaro:

La 1a. División ha tenido 75 bajas; 31 heridos y 44 muertos.

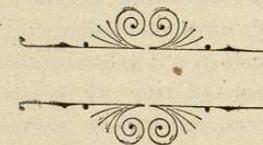
Los fuegos se rompieron á menos de 200 metros; el objetivo del combate fué la colina de Posoazo, ocupada por nosotros con un cuarto de hora de anticipación y de la que el enemigo se empeñaba en desalojarnos. La Artillería hizo buenos disparos; el N° 1° resistió sólo todo el empuje y cuando empezaba á cejar, fué oportunamente sostenido por la Columna "Alfaro", compuesta de tulcanes.

Instantes después, se derrotaba el enemigo, que por esa ala estaba mandada por los Generales Sarasti y Cornejo en persona. La dispersión fué completa y dudo que hayan podido reunirse después, ni 30. El porte de los vencedores para con los vencidos fué humanitario y bondadoso.

Le envío mis respetos, junto con la expresión de mi cariño.

*Julio Andrade.*

Los campos de Saracajas fueron la tumba de la reacción ultramontana.



[1] En este combate murió como todo un héroe el niño Atahualpa Vela, hijo del ilustre Ciego de Ambato.